

El discurso presidencial de México

El sexenio
de Carlos Salinas de Gortari

Luis Enrique Concepción Montiel

Prólogo de Lorenzo Meyer



Universidad
Autónoma de
Baja California

Miguel Ángel
Logo de Miguel Ángel Porrúa, que muestra una silueta de una persona.
Porrúa

LORENZO MEYER

Nunca fue necesario esperar hasta el siglo XVI para leer a Maquiavelo y saber que desde el inicio de la historia hubo quien considerara que parte fundamental del arte de gobernar consistía en decir una cosa –el discurso– pero hacer otra. Los clásicos griegos ya habían discurrido sobre el tema, aunque finalmente fue en *El Príncipe* donde se encuentra, al menos dentro de la tradición política occidental, la explicación y justificación más acabadas para que un líder político proceda a construir deliberadamente una contradicción entre la formulación explícita y, en principio, legítima, de un proyecto y la realidad de su acción.

Maquiavelo justifica que el príncipe recurra al engaño premeditado, incluyendo la contradicción entre lo que dice y lo que hace, en función de la efectividad. El fin justifica los medios, dice el florentino, pero sólo en circunstancias excepcionales, en tiempos ajenos a la normalidad, en los momentos de cambio en la estructura de poder. La justificación de la contradicción deliberada entre el discurso y la acción, desde la perspectiva de Maquiavelo, es la necesidad de sostener el poder recién adquirido, inestable y en circunstancias en que el enemigo aún es capaz de devolver el golpe y recuperar lo que hasta no ha mucho era suyo. Otra manera de decir lo mismo –justificar la inconsistencia entre la palabra y la obra– es su utilidad, al menos temporal, para mantener el control del proceso político cuando los acuerdos y equilibrios tradicionales se han roto y las variables principales del sistema están tensadas al máximo. En efecto, en tiempos donde se ha perdido la normalidad y ha tenido lugar un cambio inesperado, los que se habían beneficiado por el equilibrio que acaba de desaparecer se convierten en enemigos naturales del nuevo líder, pero los aliados potenciales no han sido probados, son inestables e inseguros, y algunos de entre ellos pueden verse frustrados en sus expectativas y, desilusionados, volver las

espaldas o de plano actuar contra el nuevo liderazgo. Para ganar tiempo mientras la nueva normalidad echa raíces, el comprometerse a una línea de acción pero en la práctica seguir otra, puede resultar muy efectivo.

Es verdad que, formalmente, Carlos Salinas no llegó al poder en 1988 de la manera violenta e inesperada, como es el caso del príncipe al que Maquiavelo da sus consejos. En efecto, Salinas no rompió en 1988 las reglas formales de la sucesión de un régimen notable por su continuidad y estabilidad –el mexicano fue el sistema autoritario más longevo, exitoso, del siglo XX–, pero es igualmente cierto que el triunfo del salinismo fue resultado de una lucha sorda pero muy dura, que se desarrolló en las sombras de los corredores del heterogéneo partido que monopolizaba el poder desde 1929 y en medio de los efectos de una crisis económica que significó el fin de todo un modelo económico, vigente desde la Segunda Guerra Mundial. Finalmente, la presidencia de Carlos Salinas significó una división dentro del PRI y luego llevar a cabo un fraude evidente para imponerse a una inesperada coalición de ex priístas e izquierdistas encabezada por el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas.

En conjunto, el salinismo se vio obligado a asumirse como un quiebre político dentro de la biografía del priísmo tan importante como el que había tenido lugar en 1940, cuando al concluir el sexenio del general Lázaro Cárdenas la Revolución mexicana se convirtió en posrevolución. En el año 1988 fue el triunfo, rápido y contundente de un grupo pequeño, muy compacto e identificado con la globalización y el neoliberalismo –los jóvenes tecnócratas– sobre otro más amplio, amorfo y tradicional, que permanecía cómodamente fiel a la idea del “Estado rector”, del corporativismo y del “nacionalismo revolucionario”. Así que, en la práctica, la inauguración de Carlos Salinas fue el momento en que una minoría organizada, consistente y con un proyecto en sintonía con las corrientes ideológicas que dominaban en Estados Unidos, Europa occidental y Japón, tomó, desde adentro, el poder y depuso o marginó a una mayoría tradicional, desorganizada y desmoralizada como resultado de los efectos de la gran crisis económica. En esas condiciones, a nadie puede sorprender que Carlos Salinas y los suyos se sintieran inseguros del terreno que pisaban y sin dudar aplicaran las recetas políticas que el teórico florentino le había aconsejado casi cinco siglos atrás a un príncipe bajo asedio, cuyo objetivo primario era sobrevivir y afirmar un poder que estaba cambiando, y mucho, sus bases políticas y sociales.

En la práctica, el autoritarismo mexicano siempre fue maquiavélico, pero en su variante salinista lo fue en extremo, tanto por vocación como por necesidad.

En las condiciones inestables creadas por el esfuerzo por imponer un proyecto económico neoliberal sobre una estructura de intereses creados muy añejos, producto del estatismo ya en bancarrota, fue inevitable y natural que una estrategia fuera echar mano de la falta de congruencia entre el discurso y la acción de la maquinaria política y administrativa, aprovechando al máximo las prerrogativas del Presidente en un sistema hecho para imponer a toda costa la voluntad del Presidente sobre el resto de los actores políticos, lo mismo amigos que adversarios.

La incongruencia sistemática y de fondo del salinismo fue un resultado lógico de las premisas y del proyecto de la corriente que encabezaba y de los intereses políticos y económicos que esa corriente favoreció entre 1988 y 1994. Hoy, es igualmente lógico –y muy saludable–, que desde la academia se someta al salinismo, a un análisis y a un juicio como el que aquí hace el doctor Luis Enrique Concepción Montiel. Juicio y análisis que hacen desde un plano teórico pero, finalmente, también ético y que termina por reivindicar, desde la posición del gobernado, del ciudadano y del interés general de largo plazo, la congruencia como una virtud, como un requisito para que la política sea una actividad civilizada, democrática y finalmente legítima.

El análisis del discurso político salinista que aquí se desarrolla, tiene como telón de fondo el discurso que le precedió, ese que dominó entre 1940 y la crisis política de 1968 –un discurso hegemónico, nacionalista y popular–, al que le sustituyó el dominante entre 1968 y la nueva crisis, esta vez, económica en 1982: el populista. En los ochenta, y como resultado de la sustitución del modelo económico estatista y centrado en el mercado interno, aparecerá un nuevo discurso, donde el tema dominante va a ser la modernización, supuestamente económica y política pero en realidad se va a tratar de un cambio sólo parcialmente modernizador y en buena medida restaurador del predominio autoritario de la presidencia en función de objetivos neoliberales.

El autor no toma partido de antemano, no juzga al discurso salinista como bueno o malo en sí mismo y se comporta con neutralidad frente a las propuestas centrales del mismo. Explica sin entrar a justificar. Y explica ese discurso como una ideología –un sistema de valores y creencias– en donde se articulan de manera bastante lógica, los conceptos de revolución, nacionalismo revolucionario y liberalismo social. El objetivo declarado de tal construcción ideológica era la de servir de guía a una acción que debía de conducir a México por el camino del cambio político, social y económico en beneficio del bienestar de la mayoría.

Sin embargo, el objetivo verdadero era usar el discurso como instrumento para legitimar el ejercicio de un poder con serios problemas de origen –el fraude electoral de 1988– y, finalmente, contribuir a consolidar al neoliberalismo –y los intereses que cobijaba– como el nuevo modelo de crecimiento y desarrollo de México.

Como irá descubriendo el lector a medida que avance en la lectura, el autor logra caracterizar al discurso de Carlos Salinas como inédito –el neoliberalismo–, articulado –soberanía, democracia, economía y justicia social están lógicamente concatenados–, homogéneo –la modernización y la reforma del Estado explicaban la esencia de todas las acciones políticas concretas–, congruente y, finalmente, legitimador, pues por un momento consiguió dar sustento a la idea que el emisor –Salinas– ganaba desde la presidencia y por vía de su eficacia, la legitimidad que no había podido obtener en el origen mediante la elección.

Y es aquí donde el análisis se torna auténticamente crítico. Y la base de esa crítica no es, como ya se apuntó, la descalificación por principio de los elementos centrales de la construcción ideológica, sino la contradicción fundamental entre ese esquema de ideas y la verdadera naturaleza de la acción política del salinismo. La supuesta presidencia modernizadora echó mano de manera sistemática de todos los instrumentos autoritarios y tradicionales a su alcance. La modernidad buscada y hasta cierto punto alcanzada en el plano económico por el salinismo estuvo sistemáticamente divorciada tanto de la prometida democratización como de la también prometida expansión del bienestar general. Lo que finalmente se consiguió, fue el beneficio de los muy pocos a expensas de los intereses de muchos, de la mayoría. Al concluir 1994, la contradicción acumulada de una economía especulativa, echó por la borda los supuestos logros del sexenio.

La conclusión es la siguiente: “el llamado liberalismo social, que defiende una postura intermedia entre el estatismo y el neoliberalismo (a quien rechaza) y que pretende legitimar la reforma del Estado, no es más que una simple estrategia discursiva contra sus oponentes: los reacios al cambio (que defienden el *statu quo* y los privilegios obtenidos ante la nueva clase política que pretende desplazarlos y beneficiarse con los cambios que está instrumentando) y los críticos del sistema y del modelo neoliberal.

El liberalismo social del salinismo no es más que un neoliberalismo disfrazado, el cual se basa en la eficiencia del mercado, mientras que, por otra parte, no genera automáticamente los beneficios sociales, ni la equidad prometida...

La conclusión anterior no es, en sí misma, algo enteramente nuevo. La aportación de la obra está justamente en la demostración puntual, mediante el análisis sistemático del discurso y de su confrontación con los hechos y con sus resultados objetivos, de la forma como se desarrolló una política construida *ex profeso* sobre la base de la contradicción abierta, de fondo y sistemática, entre lo que se dice y los resultados de lo que se hace.

El estudioso revive e indaga en el pasado no sólo por curiosidad académica sino para acumular experiencia y emplearla para entender el presente y otear el futuro. Al concluir la lectura de esta investigación, queda claro que si bien la incongruencia entre discurso político y realidad puede tener muchas fuentes, su origen, sistematicidad y escala, sí importan. En buena medida, el alto grado de incongruencia del salinismo terminó por echar por tierra no sólo el proyecto que se proponía afianzar sino que incluso contribuyó a acelerar el fin mismo del sistema autoritario que buscaba prolongar, al aumentar su déficit de legitimidad. En fin, el salinismo resultó, entre otras cosas, un caso de estudio sobre los límites del maquiavelismo.